

1

En algún lugar cerca de Venecia, Guy empezó a charlar con un hombre mayor de aspecto aburrido; era un refugiado alemán que viajaba a Trieste. Guy no paraba de hacerle preguntas. El refugiado se las contestaba de muy buena gana y ninguno de los dos parecía darse cuenta de las muchas veces en que el tren se detenía en una nueva estación. La guerra acababa de empezar, y en medio de la confusión general, el tren se detenía aproximadamente cada veinte minutos. Harriet miró por la ventanilla y vio unas vigas —más oscuras que la luz crepuscular— que sostenían los raíles de otra vía situada en un nivel superior. Entre las vigas, una pareja forcejeaba y se apretaba atropelladamente, y de vez en cuando dejaba entrever un pie o un hombro que se hacían visibles gracias a la luz que proyectaba el vagón. Al otro lado de las vigas, el agua resplandecía, reflejando los globos fluorescentes que iluminaban las vías elevadas.

Cuando el tren cambió de vía y fue engullido por la oscuridad nocturna, dejando atrás a la pareja de enamorados y el agua resplandeciente, Harriet pensó: «Ahora puede pasar cualquier cosa».

Guy y el refugiado seguían charlando dentro del vagón con los ojos fijos el uno en el otro. La simpatía que demostraba sentir Guy había logrado que el alemán se acercara al borde de su

asiento. Tenía las manos juntas, extendidas con las palmas hacia arriba, una al lado de la otra, y de vez en cuando las movía para dar énfasis a lo que decía, mientras Guy le prestaba una tensa atención que se convertía en viva emoción cada vez que asentía con la cabeza, dando a entender que todo lo que estaba oyendo era exactamente lo que él había previsto oír.

— ¿Qué dice? — preguntó Harriet, que no hablaba alemán.

Guy posó su mano sobre la de ella para que se estuviera callada.

Una corriente eléctrica que parecía surgir del afecto mantenía la atención de Guy fija en el refugiado, aunque este se quedaba a veces mirando a los demás pasajeros con una actitud que manifestaba una violenta confianza en sí mismo, como si estuviera diciendo: «¿Y qué si estoy hablando? ¿Hay algo malo en hablar? Soy un hombre libre».

El tren volvió a detenerse; apareció un revisor. El refugiado se puso en pie de un salto y metió la mano en el bolsillo interior del abrigo que colgaba a su lado. La mano se demoró un rato dentro del abrigo mientras el hombre contenía el aliento; luego la sacó y examinó el bolsillo exterior. Esta vez sacó la mano de golpe y volvió a mirar en otro bolsillo, luego en otro y luego en otro. Empezó a sacar todas las cosas que llevaba dentro de los bolsillos de la americana y luego empezó a sacar las de los bolsillos del pantalón. Jadeaba violentamente. Volvió a meter la mano en el abrigo y reemprendió la búsqueda.

Al verlo, Guy y Harriet Pringle se sintieron horrorizados. El rostro del hombre había adquirido un tono ceniciento y sus mejillas colgaban flácidas, como si fueran las mejillas de un anciano. A medida que se acaloraba por la tensión de la búsqueda, una pegajosa capa de sudor empezaba a extenderse sobre su piel. Las manos le temblaban. Cuando volvió a hurgar en los bolsillos de la americana, también le temblaba la cabeza y los ojos se le salían de las órbitas.

— ¿Qué pasa? — preguntó Guy—. ¿Qué es lo que ha perdido?

—Todo. Todo.

—¿El billete?

—Sí —El hombre jadeaba en cuanto dejaba de hablar—. Mi billetera, mi pasaporte, mi dinero, mi documento de identidad... ¡Mi visado, mi visado!

En cuanto pronunció esta última palabra, su voz se quebró. Dejó de hurgar en los bolsillos y procuró tranquilizarse. Apretó los puños, luego abrió una mano, dando una sacudida, como para indicar que no podía creerse que lo hubiera perdido todo.

—¿Ha mirado dentro del forro? —preguntó Harriet—. A lo mejor las cosas se han caído dentro del forro.

Guy tradujo la frase lo mejor que pudo.

El hombre se volvió hacia él; confuso ante la sugerencia, parecía al borde del llanto. Cuando al final entendió lo que se le decía, empezó a registrar atropelladamente el forro del abrigo. No encontró nada.

Los demás pasajeros lo habían estado observando con fría curiosidad mientras el revisor examinaba sus billetes. Cuando hubo terminado con el resto de pasajeros, el revisor se volvió hacia el refugiado como si la escena no significara nada en absoluto para él.

Guy le explicó que el refugiado había perdido el billete. Varios pasajeros más murmuraron algo confirmando lo que decía. El revisor volvió la vista en silencio hacia dos policías que estaban en el pasillo. Ellos se ocuparían del asunto. Uno se quedó apostado en la puerta del vagón mientras el otro iba en busca de refuerzos.

—Este hombre tampoco tiene dinero —le dijo Guy a su mujer—. ¿Y si le damos algo?

Los dos iban a Bucarest. Como no se permitía entrar en Rumanía con divisas, llevaban muy poco dinero encima. Harriet sacó un billete de mil francos. Guy tenía tres billetes de una libra esterlina. Cuando le ofrecieron el dinero, el refugiado ni siquiera fue capaz de prestarles atención. Estaba registrando de

nuevo los bolsillos como si su billetera pudiera haber vuelto a aparecer durante aquel intervalo. No parecía darse cuenta de que había llegado un grupo de policías. Cuando uno de ellos le dio un golpecito en el hombro, el hombre se dio la vuelta, muy agitado. El policía le pidió que lo acompañara.

Cogió el abrigo y la maleta. Había recuperado el color, pero el rostro seguía siendo totalmente inexpresivo. Cuando Guy alargó la mano con el dinero, lo aceptó sin decir nada, con la mirada perdida.

—Y ahora, ¿qué será de él? —preguntó Guy en cuanto se lo llevaron del vagón.

Tenía un aspecto angustiado, impotente, y fruncía el entrecejo como si fuera un niño bondadoso al que le hubieran arrebatado un juguete.

Harriet meneó la cabeza. Nadie podía darle una respuesta. Nadie intentó dársela.

El día anterior lo habían pasado en territorio conocido, aun cuando el Orient Express no se hubiera atenido a ninguno de los horarios previstos. A la luz del final del verano, Harriet se había dedicado a observar los viñedos que iban pasando de largo. Las grasientas bolas de papel de envolver bocadillos se deshacían con el calor, las botellas de agua de Vichy rodaban bajo los asientos. Cuando el tren se paraba, nunca se veía al jefe de estación ni los mozos de equipajes se agolpaban bajo las ventanillas del vagón. En los andenes vacíos, los altavoces anunciaban las cifras de reservistas que debían incorporarse a sus regimientos. La voz que hablaba por megafonía era tan monótona que poseía las mismas cualidades que el silencio: al oírla, uno parecía oír también el zumbido de las abejas, el gorjeo de los pájaros. El débil chirrido del cornetín del jefe de estación llegó desde muy lejos, como si fuera el sonido de un mundo de verdad colándose en el universo del sueño. El tren reagrupó los vagones, avanzó unos cuantos kilómetros más y se detuvo de nuevo en un lugar donde se oía la misma voz

que anunciaba las cifras de reservistas sin hacer ningún otro comentario.

En Francia se habían movido entre amigos. Pero Italia, país que habían cruzado al día siguiente, fue para ellos el final del mundo conocido. A la mañana siguiente, cuando se despertaron, estaban atravesando las llanuras de Eslovenia: durante todo el día, bajo el cielo encapotado, no vieron nada más que cultivos monótonos, campos de maíz de color pardusco, campos repletos de almiarés. Cada medio kilómetro se veía una choza de campesinos que tenía el tamaño del cobertizo de una granja, y a su alrededor, un huerto y un campo de enormes girasoles aplanados. En todas las estaciones los campesinos se ponían de pie como si fueran invidentes. Harriet intentó sonreír a uno de aquellos campesinos, pero no obtuvo respuesta: el rostro demacrado permaneció inalterable, fijo en la eterna desolación que lo condenaba a ser un rostro avejentado y marchito.

Guy, que hacía aquel viaje por segunda vez en su vida, prefería concentrarse en sus libros. Era demasiado corto de vista como para distraerse con el paisaje, y además tenía que preparar sus clases. Trabajaba en el departamento de Inglés de la Universidad de Bucarest, donde ya había pasado un año. Durante sus vacaciones de verano había conocido a Harriet y se había casado con ella.

En vista de que tan solo les quedaba dinero para una sola comida, Harriet decidió que fuera para la cena. A medida que iba pasando el día, sin haber desayunado ni almorzado ni tomado el té, el hambre los atenazaba mientras cruzaban la lúgubre llanura eslovena. Llegó el atardecer, luego la noche, y por fin apareció el camarero tañendo su campanilla. Los Pringle fueron los primeros en llegar al vagón restaurante. Allí todo discurrió con normalidad y la comida era buena, pero antes de que hubieran terminado de cenar el *maître* empezó a comportarse como un hombre asustado. Se habían colocado cestillos llenos de fruta en todas las mesas, pero el *maître* los retiró a toda prisa y reclamó

el pago inmediato de las cuentas. El precio, que era muy alto, incluía el café, pero cuando uno de los clientes lo pidió, el *maître* dijo «Después», mientras devolvía el cambio y se apresuraba limpiando las mesas. Uno de los comensales anunció que no iba a pagar si no le servían el café. El *maître* le replicó que no iba a servir el café hasta que no le hubieran pagado la cuenta. Y no apartaba la vista de los comensales que aún no habían pagado, como si temiera que salieran huyendo antes de que él pudiera atraparlos.

Al final, todo el mundo pagó. El tren se detuvo; había llegado a la frontera. Se sirvió el café, que estaba hirviendo, y al mismo tiempo apareció un agente de fronteras que ordenó bajar del vagón restaurante a todos los pasajeros, ya que aquel vagón iba a ser desenganchado del convoy. Un hombre se bebió el café de un trago, soltó un alarido y dejó caer la taza. Otros pasajeros preguntaron por qué se iba a desenganchar el vagón restaurante. El camarero explicó que el vagón pertenecía a los ferrocarriles yugoslavos y que ningún país en su sano juicio podía permitir que su material rodante traspasara la frontera en unos tiempos tan problemáticos. Así que todos los pasajeros fueron desalojados del vagón restaurante y todos se pusieron a despoticar en media docena de idiomas distintos. Por lo visto, todos ellos se habían olvidado ya de la guerra.

Los agentes de fronteras recorrieron el pasillo con aire desenvuelto. Cuando terminaron, el tren permaneció inmóvil en la pequeña estación. El aire que se colaba por las ventanillas abiertas era fresco y tenía un deje otoñal; olía a paja.

Guy, que seguía en el compartimiento, ahora transformado en coche cama, no había dejado de escribir en su cuaderno. Harriet había salido al pasillo y miraba por la ventanilla, intentando adivinar cómo era aquel pueblo fronterizo. Pero ni siquiera podía estar segura de que allí hubiese un pueblo: la oscuridad parecía tan vacía como el espacio exterior, aunque había un parque de atracciones que refulgía como el sol en medio de la

noche. Del parque no llegaba ni un solo sonido. La noria giraba muy despacio y elevaba hasta el cielo unas góndolas vacías con forma de barca.

Justo debajo de la ventanilla había un andén iluminado por tres débiles bombillas colgadas de un alambre. Bajo la bombilla más alejada del tren había un grupo de personas. Eran un hombre muy alto y extraordinariamente delgado, que llevaba al hombro un gabán muy largo que arrastraba por el suelo como si estuviera colgado del pomo de una puerta, y a su alrededor cinco hombres uniformados, todos muy pequeños al lado de aquel hombre tan alto. Los hombrecitos intentaban convencer al hombre mientras le hacían avanzar por el andén. Aquel hombre alto, rodeado de hombres uniformados, parecía tan confuso como un animal muy largo y tímido acosado por una jauría de lebreles. El hombre daba unos pocos pasos y luego se detenía y protestaba frente a los hombres uniformados, que lo rodeaban gesticulantes y le obligaban a avanzar hacia el vagón desde el que Harriet estaba observando la escena. El hombre llevaba en una mano un maletín de piel de cocodrilo y en la otra un pasaporte británico. Uno de los cinco hombrecitos era un mozo de equipajes que cargaba con dos maletas de buen tamaño.

—Yakimov —repetía el hombre alto—, príncipe Yakimov. *Gospodin* —gimió de repente—, *gospodin*.

Al oírlo, los uniformados se acercaron un poco más y procuraron tranquilizarlo

—*Da, da. Dobo, gospodin.*

El rostro alargado y singular de aquel hombre traslucía tristeza y resignación mientras se dejaba meter a empujones en la parte delantera del vagón. Allí le obligaron a entrar en un compartimiento como si en cualquier momento el tren expreso fuera a ponerse en marcha.

Los hombres de uniforme se dispersaron. El andén se quedó vacío. El tren se mantuvo en el mismo sitio durante una media

hora, hasta que de repente empezó a moverse y atravesó resoplado la frontera.

Cuando subieron al tren los agentes rumanos de fronteras, el ambiente que se respiraba en los pasillos cambió por completo. Ahora la mayoría de pasajeros eran rumanos. Unas robustas mujeres, todas de baja estatura, que hasta entonces habían pasado desapercibidas, se abrieron paso a través del coche cama parlotando en francés. Se había extendido por el vagón una sensación generalizada de alegría: los pasajeros celebraban con júbilo haber llegado sanos y salvos a su país. Las mujeres soltaban breves gritos de entusiasmo mientras conversaban con los agentes de policía, que las observaban con una sonrisa indulgente. Cuando Guy salió del compartimiento con los pasaportes en la mano, una de las mujeres lo reconoció como el «catedrático» que enseñaba inglés a su hijo. Guy contestó a la mujer en rumano y las mujeres se agolparon a su alrededor elogiando lo bien que hablaba el idioma.

—Pero si es usted perfecto —dijo una mujer.

Guy se ruborizó por las atenciones que estaba recibiendo y contestó algo en rumano que provocó un nuevo estallido de gritos de satisfacción.

Harriet, aun sin entender lo que Guy había dicho, sonrió ante la diversión generalizada, fingiendo formar parte del grupo que estaba pasándose tan bien. Pero se dio cuenta de que Guy, al responder a aquellas mujeres desconocidas, parecía un poco borracho y había alargado los brazos como si quisiera abrazarlas a todas.

Los Pringle llevaban casados menos de una semana. Y a pesar de que ella creía saberlo todo acerca de su marido, ahora se preguntaba si de verdad sabía algo de él.

Cuando el tren cobró velocidad, las mujeres se dispersaron. Guy volvió a su litera. Harriet se quedó un rato más asomada a la ventanilla, viendo cómo las montañas se elevaban y se hacían cada vez más grandes, masas de ébano recortándose contra el

lóbrego cielo sin estrellas. Un bosque de pinos apareció al borde de los raíles y la luz que salía de los vagones se derramó sobre los árboles más cercanos a las vías. Mientras contemplaba el oscuro corazón del bosque, empezó a divisar pequeñas lucecitas titilantes. Por un instante, una silueta gris con forma de perro rozó las vías y luego volvió a hundirse en la oscuridad. Harriet se dio cuenta de que las luces eran ojos de animales. Metió la cabeza en el interior del vagón y cerró la ventanilla.

Cuando ella entró en el compartimiento, Guy alzó la vista del libro.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Guy le cogió las manos, vio que estaban entumecidas por el frío y empezó a frotárselas con los dedos.

—Qué zarpas de mono —dijo.

A medida que sus manos iban entrando en calor, Harriet dijo: «Te quiero». Era algo que nunca había reconocido hasta entonces.

Harriet creía que aquel momento iba a desembocar en un raptó de pasión, pero Guy apenas reaccionó. Dijo: «Ya lo sé», y después de apretar los dedos de Harriet con una breve señal de despedida, los soltó y volvió a concentrarse en su libro.

2

Al llegar a la estación principal de Bucarest, Yakimov se empeñó en llevar por sí mismo las maletas a la consigna. Cargaba con una maleta en cada mano y sujetaba el maletín de piel de cocodrilo con el codo derecho. El abrigo ribeteado de piel de marta colgaba de su brazo izquierdo. Los mozos de estación —había casi una docena por cada pasajero— caminaban horrorizados detrás de él. Podrían haberlo linchado de no ser porque la mirada amable y confusa de aquel hombre, que se proyectaba sobre todos ellos desde las asombrosas alturas de su cuerpo, daba la impresión de pertenecer a alguien que estaba fuera de su alcance.

En un momento dado se le resbaló el maletín y uno de los mozos lo agarró de un manotazo. Yakimov lo esquivó con un hábil desvío lateral y siguió caminando con los hombros encogidos, arrastrando el abrigo sobre el sucio andén, mientras el traje a cuadros y el cárdigan amarillo se bamboleaban por detrás de él como si los llevara colgando de un perchero. La camisa estaba limpia porque había podido cambiársela en el tren. El resto de la ropa no lo estaba. La corbata, que Dollie le había regalado años atrás porque tenía un tono de azul angelical, estaba ahora tan embadurnada y amarillenta por las manchas de comida que ya había perdido su color originario. La cabeza —que tenía el cabello pálido y ralo, una nariz larga y delicada que se ampliaba

inesperadamente a la altura de las fosas nasales y una delgada boca de payaso— era un objeto tan lejano y enclenque como la cabeza de una jirafa, y se la cubría con una inmunda gorra a cuadros. El aire general de tristeza de aquel hombre se volvía más triste por el hecho de que llevara cuarenta y ocho horas sin comer.

Yakimov dejó las dos maletas en la consigna, pero no se desprendió del maletín de cocodrilo, que contenía —entre otros objetos— un pijama sucio, un pasaporte británico y un recibo a cambio de su Hispano-Suiza. Cuando los agentes de aduanas yugoslavos le habían confiscado el coche en la frontera a causa de las deudas, tan solo llevaba encima el dinero suficiente para comprarse un billete de tercera clase hasta Bucarest. Después de pagarlo, solo le quedó un poco de calderilla.

Al salir de la estación se encontró con el bullicio de un mercadillo callejero en el que ya empezaban a encenderse los luminosos porque se estaba haciendo de noche. Ahora que había logrado desembarazarse de los mozos, empezaron a importunarlo los mendigos. En cuanto notó el frescor del otoño flotando en el aire, decidió ponerse el abrigo en vez de llevarlo a rastras, y a pesar de tener que sujetar el maletín para mantenerlo a salvo de los niños andrajosos que pululaban entre sus piernas, logró meter primero un brazo y después el otro en las mangas del abrigo.

Miró a su alrededor. Expulsado por una jauría de perros (así los definía él) de todas las capitales europeas, ahora había llegado al extremo del continente, a una región en la que ya podía olerse la presencia de Oriente. Cada vez que llegaba a una nueva capital lo primero que hacía era ir a la Legación Británica, donde solía encontrar a alguien que había conocido en algún momento de su vida pasada. Por lo que le habían dicho, el agregado cultural en la legación de Bucarest era un conocido suyo; más aún, esa persona le debía un favor, ya que había sido uno de los invitados a las succulentas fiestas que él y Dollie daban en los viejos tiempos. Incluso se le ocurrió que, si iba en taxi hasta

la legación, Dobson le pagaría el trayecto. Pero si se daba el caso de que Dobson hubiera sido destinado a otro sitio y nadie quisiera pagarle la tarifa, se quedaría a merced del taxista. Por primera vez en su vida vaciló a la hora de afrontar un riesgo. Rodeado por el parloteo de los mendigos, con el abrigo colgándole desde la parte superior del cuello como si fuera la carpa de una tienda de campaña, suspiró a la vez que pensaba: «El pobrecito Yaki ya no es el mismo de antes».

Al ver a aquel hombre, un taxista abrió la portezuela de su coche. Yakimov dijo que no con la cabeza. En italiano, un idioma que le habían dicho que era igual que el rumano, le pidió al taxista que le indicara cómo podía llegar a la Legación Británica. El taxista le hizo una seña para que se metiera en el taxi. Cuando Yakimov volvió a decir que no meneando la cabeza, el hombre soltó un gruñido de desagrado y empezó a limpiarse los dientes con un palillo.

Yakimov lo intentó una vez más:

— *La Legazione Britannica, per piacere?*

El taxista sacudió la mano por encima del hombro para deshacerse de él.

— *Grazie tanto*, muchacho.

Mientras se colocaba bien el abrigo, Yakimov se dio la vuelta y se adentró por una calle que parecía un túnel que iba directo hacia la desgracia.

La luz agonizaba. Ya no sabía muy bien hacia dónde tirar cuando vio, en una encrucijada de dos calles, la estatua de un hombre vestido con ropa de boyardo, con la cabeza cubierta por un turbante tan grande como una calabaza, que señalaba enfáticamente hacia la derecha.

En aquella parte de la ciudad la vida había vuelto a renacer. La acera estaba abarrotada de hombrecitos, casi todos vestidos con trajes de corte barato, que caminaban con un maletín en la mano. Yakimov se dio cuenta enseguida de que eran funcionarios de muy bajo rango y oficinistas pobres, separados de la

pobreza más abyecta por una sola generación, que trabajaban desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la noche y que ahora volvían a toda prisa a casa para cenar. Llevado por el hambre, los miró con envidia. Un tranvía se detuvo frente al bordillo. Una muchedumbre se apretujó a su alrededor y lo zarandeó sin piedad, arrastrándolo a un lado y a otro, pero él consiguió mantener el rumbo, y su cabeza y sus hombros continuaron despuntando por encima del gentío con aire de indiferencia.

Se detuvo frente a un escaparate donde había tarros de una sustancia parecida a la compota en la que flotaban melocotones y albaricoques transparentes. La luz los atravesaba de lado a lado. Al ver esa fruta dorada que fulguraba bajo la fría luz del crepúsculo, Yakimov estuvo a punto de derramar una lágrima, pero justo en ese momento una mujer le dio un áspero empujón con un carrito de la compra que blandía a modo de arma contra los extraños.

Atravesó el cruce. Los vagones de los tranvías, con algunos pasajeros colgando de los estribos, parecían enjambres de abejas que pasaban traqueteando a su alrededor, soltando campanadas estridentes. Llegó al otro lado de la calzada. A partir de allí, mientras recorría una calle que descendía en suave pendiente, la muchedumbre fue cambiando de aspecto y disminuyendo en número. Pasó por delante de campesinos vestidos con el atuendo tradicional de blancuzca lana frisada. Eran hombres muy delgados, somnolientos, que miraban al suelo y se cubrían con puntiagudos gorros de astracán. También había judíos ortodoxos con los tirabuzones colgando a ambos lados de sus verdosas caras, muy poco acostumbradas a recibir la luz del sol.

Una ráfaga de viento le trajo un olor apestoso que se le metió en la garganta como si fueran los primeros síntomas de un mareo en alta mar. Yakimov empezó a preocuparse. Aquellas tenduchas no parecían una buena referencia para llegar a la Legación Británica.

La calle se iba bifurcando en callejuelas cada vez más estrechas. Yakimov se internó por la más ancha de todas y vio, a través de las ventanas, las interioridades de las sastrerías y de las tiendas de ropa: pelo de caballo, bucarán, cordoncillo, bolsillos prefabricados, horquillas, hebillas de chaleco, expositores de botones, carretes de hilo de algodón, rollos de tela de forro. ¿Quién demonios podía comprar aquellas cosas? Intentando encontrar al menos un escaparate con comida, se desvió por un pasaje en el que el hedor que flotaba en el barrio quedaba amortiguado por el olor que salía de las telas planchadas al vapor. Allí, en habitáculos del tamaño de un armario iluminados por lámparas de gas, moviéndose tras las ventanas empañadas como si fueran criaturas marinas en un tanque de agua, unos hombres en mangas de camisa golpeaban las tablas con las planchas y llenaban el aire de siseante neblina. El pasaje desembocaba en una placita tan llena de objetos de cestería que las enredaderas que trepaban hasta los balcones parecían surgir de la jungla de mimbre que había allá abajo. Un hombre apoyado en la única farola de la plaza se incorporó, arrojó el cigarrillo al suelo y empezó a hablar con Yakimov mientras le señalaba las cunas de mimbre, las cestas para la ropa sucia y las jaulas para pájaros.

Yakimov preguntó por dónde se iba a la Legación Británica. Como única respuesta, el hombre levantó una docena de cestos para la compra atados con un cordel y empezó a desatarlos. Yakimov se escabulló por otro pasaje que lo llevó inesperadamente hasta el muelle de un río. Aquel lugar parecía mucho más esperanzador: un río solía indicar el centro urbano, pero en cuanto se acercó a la barandilla oxidada que bordeaba el muelle, vio un escuálido riachuelo de color jabonoso que se abría paso entre dos empinados terraplenes de arcilla. En las dos orillas se levantaban destartalados edificios que aún conservaban el rastro de su perdido esplendor. Aquí y allá vio ventanas protegidas por las rejas de los harenes del imperio otomano ya en declive. Una maltrecha capa de pintura se aferraba al yeso, mostrando — en

los lugares iluminados por las farolas callejeras— una mancha de color gris pálido o de un tono rojizo como de sangre seca.

En la orilla del río donde estaba Yakimov, las plantas bajas se habían convertido en restaurantes y cafés. Los rótulos esmaltados de los escaparates anunciaban RESTAURANTUL y CAFEA. En el primero de ellos, donde la cortinilla de abalorios estaba levantada para animar a entrar a los clientes, tuvo que soportar la visión de un hombre que sorbía la sopa de un cuenco: era sopa de cebolla. De la cuchara colgaban tiras de queso fundido, y en la superficie de la sopa flotaba una mezcla espolvoreada de queso y costrones.

Entró. Las paredes del local tenían espejos moteados de moscas, sillas de respaldo duro y mesas con sucios manteles de papel. Un olor aceitoso a fritanga llegaba desde las mesas. De nuevo se dio cuenta de que había cambiado. En tiempos pasados siempre se las ingeniaba para comer todo lo que quería y convencer después al dueño de que no podía pagarlo. Sabía que aún sería capaz de hacerlo en otras partes de la ciudad, pero en aquel barrio, eso le daba miedo.

Siguió caminando, pasando frente a las entradas de las fondas, hasta que percibió un suculento aroma a carne asada. Se le hizo la boca agua. Siguió instintivamente el rastro de olor, que procedía de una parrilla en la que un campesino estaba asando pequeñas porciones de carne. Los clientes, iluminados por un único farol, se mantenían a una respetuosa distancia, observando la carne o bien dirigiéndose nerviosas y taciturnas miradas furtivas que desvelaban la excitación que les provocaba la comida. El cocinero parecía ser consciente del privilegio que le ofrecía la situación. Cuando distribuía las porciones de carne, lo hacía como si estuviera dando limosna. El cliente al que le había llegado el turno miraba inseguro a ambos lados antes de aceptar la carne, y una vez que había pagado con una moneda de poco valor, se alejaba para comerla entre las sombras, a solas.

Después de observar el trámite durante media docena de veces, Yakimov sacó las monedas que llevaba en el bolsillo y las extendió sobre la palma de la mano. Había unas pocas liras, unos cuantos fileres húngaros y algunos para yugoslavos. Al presentárselas, el cocinero las examinó con atención y luego cogió la moneda húngara de más valor. A cambio, le entregó una porción de carne. Como habían hecho los demás, Yakimov se alejó de allí para comérsela. El sabor de la carne lo trastornó y se la tragó demasiado deprisa. Durante un segundo de éxtasis, la carne permaneció en su boca, pero enseguida se esfumó. Lo único que le dejó fue un leve rastro de sabor entre los dientes cariados, pero tan embriagador que le dio ánimos para volver a preguntar el camino.

Regresó a la parrilla y se puso a hablar con un campesino que parecía un poco más avispado que los demás. Pero el hombre no contestó ni le miró a los ojos, sino que se limitó a bajar la cabeza, escudriñando a ambos lados como si no supiera qué hacer con el ruido que estaba oyendo en aquel instante. De pronto apareció un gitano de pequeña estatura, que echó al campesino dándole un desdeñoso empujón y que luego preguntó en inglés:

—¿Qué es lo que quiere?

—Estoy buscando la Legación Británica.

—No está aquí. No está por ningún sitio aquí.

—¿Y dónde está?

—Lejos. Necesitará transporte.

—Dígame por dónde ir. Puedo ir a pie.

—No, no. Está muy lejos. Muy difícil.

El gitano abandonó bruscamente a Yakimov y se colocó en el otro extremo de la parrilla, desde donde se puso a mirarlo con rencor.

Yakimov empezaba a estar cansado. El abrigo le pesaba y le daba mucho calor. Se preguntó si podría encontrar un sitio para pasar la noche, ingeniándose las para demorar el pago hasta el día siguiente.

Siguió caminando y el muelle desembocó en un espacio abierto y adoquinado por el que soplaban ráfagas de viento frío que fueron arrojando algunas plumas contra su cara. En el otro extremo de la plazoleta, dando a la calle principal, había varias jaulas llenas de pollos y gallinas. Era un mercadillo de aves de corral, de allí era de donde salía el pestazo que flotaba por el barrio.

Se acercó a las jaulas y descolgó la que estaba en la parte superior de una pila para que las demás formaran un asiento. Se sentó, aprovechando la protección que le ofrecían las jaulas que tenía detrás. Las gallinas, que eran briosas aves balcánicas, se agitaron un poco y empezaron a cacarear, hasta que volvieron a quedarse dormidas. Un reloj dio las nueve en algún lugar próximo. Yakimov llevaba caminando más de dos horas. Soltó un suspiro. Su frágil cuerpo se había vuelto demasiado pesado para llevarlo de un lado a otro. Ocultó el maletín entre dos jaulas, levantó los pies, recostó la cabeza y se quedó dormido.

Cuando lo despertó el agudo chirrido de un frenazo mecánico, murmuró: «Vaya horitas, muchacho», e intentó darse la vuelta para seguir durmiendo. Pero las rodillas chocaron contra los alambres del gallinero que tenía justo detrás. Los calambres que entumecían todo su cuerpo le hicieron recuperar por completo la consciencia. Se incorporó para ver qué clase de vehículos estaban pasando por allí, en tal cantidad y de forma tan errática, a una hora en que apenas era de día. Vio una hilera de camiones embadurnados de barro que maniobraban en el extremo de la calle. Un camión derrapó hacia la acera, obligándole a dar un salto hacia atrás para esquivarlo. Mientras el camión recuperaba el rumbo y seguía su ruta, Yakimov lo estuvo observando unos instantes, indignado, sobre todo porque él era un conductor de primera.

Detrás de los camiones llegó una hilera que parecía infinita de coches particulares: todos tenían el mismo color de barro gris y todos parecían hinchados, hasta que Yakimov se dio cuenta de

que eso se debía a que llevaban el techo y los laterales protegidos por colchones. Los parabrisas estaban llenos de agujeros. El capó y los laterales de la carrocería tenían arañazos por todas partes. En el interior de los coches, los pasajeros —hombres, mujeres y niños— parecían derrotados por el sueño. Los conductores cabeceaban frente al volante.

¿Quiénes podrían ser? ¿Y de dónde habían salido? Dolorido, famélico, molesto por la luz de esa hora tan temprana, Yakimov no intentó dar respuesta a sus preguntas. Pero ¿adónde iban esos coches? Mirando la dirección que seguían, vio altos edificios de hormigón que sobresalían por entre los delicados tonos rosas y azules del amanecer. Allí estaban los faros de la civilización. Se puso en marcha por la calle que conducía hacia ellos.

Después de caminar unos cuatro kilómetros, llegó a la plaza principal justo cuando el sol salía por encima de los tejados y empezaba a motear los adoquines con manchitas de luz. La estatua ecuestre de un hombre que montaba un caballo demasiado grande para su estatura daba la bienvenida a la larga fachada gris de un edificio que debía de ser el palacio real. A ambos lados del palacio, los obreros empezaban a atornillar desde los andamios piezas prefabricadas para cubrir la fachada neoclásica. Por lo que parecía, el resto de la plaza estaba siendo derruida. Yakimov cruzó la explanada hacia el extremo iluminado por el sol, donde un edificio blanco de arquitectura moderna se anunciaba como el Athénée Palace Hotel. Allí era donde se habían detenido la mayoría de los coches. Solo unos pocos ocupantes parecían despiertos; el resto seguía durmiendo con aire sombrío y demacrado. Algunos pasajeros tenían heridas mal vendadas. Yakimov vio un coche con la tapicería gris manchada de sangre.

Entró por la puerta giratoria del hotel y desembocó en un salón de mármol iluminado por candelabros de cristal. Nada más entrar, oyó que alguien pronunciaba su nombre.

—¡Yakimov!

Se dio la vuelta. Hacía mucho tiempo que nadie lo recibía de esa manera. Empezó a albergar sospechas cuando comprobó que el saludo provenía de un periodista llamado McCann, un hombre que antes solía evitarlo en los bares de Budapest donde se habían conocido. McCann estaba repantigado en un largo diván justo a la entrada del vestíbulo; a su lado, un hombre de traje oscuro le cortaba la manga de la camisa empapada de sangre que llevaba pegada al brazo derecho. Yakimov se preocupó al ver la herida y se acercó al sofá.

— ¿Qué te ha pasado, mi querido muchacho? ¿Puedo ayudarte en algo?

— Y tanto que sí. Llevo media hora intentando explicarles a estos zopencos que busquen a alguien que sepa hablar inglés.

A Yakimov le hubiera encantado poder tenderse en el diván junto a McCann, ya que se sentía tan débil como si estuviera herido de verdad, pero el otro lado del sofá estaba ocupado por una chica, una hermosura de pelo negro muy sucia y desgreñada, que dormía despatarrada.

Yakimov se inclinó hacia McCann, como dando a entender que estaba dispuesto a tratar con simpatía sus necesidades, y le preguntó qué quería que hiciera.

— ¡Esto! — McCann metió la mano izquierda en el bolsillo de la americana que tenía a su espalda—. ¡Solo esto! — Le mostró varias páginas arrancadas de un cuaderno—. Quiero que comunique la noticia. Aquí está todo.

— Sí, muchacho. Pero ¿qué noticia?

— ¿Cómo que qué noticia? Pues la desintegración de Polonia, la rendición de Gdinia, la huida del gobierno, el avance alemán hacia Varsovia, la avalancha de refugiados, conmigo entre ellos... Los coches ametrallados desde el aire, los hombres, las mujeres y los niños heridos y asesinados, los muertos enterrados en las cunetas... Es un material maravilloso, de primera mano, y tiene que salir cuando todavía sea una primicia. Venga, cógelo.

—Pero ¿cómo voy a conseguir transmitirlo? —Yakimov estuvo a punto de huir al tener que enfrentarse a un problema tan difícil.

—Llama a nuestra agencia en Ginebra y díctaselo todo línea por línea. Pero si hasta un niño sabría hacerlo...

—Imposible, muchacho. No tengo un céntimo.

—Llama a cobro revertido.

—Seguro que no me dejan —Yakimov se apartó un poco del sofá—. Aquí nadie me conoce. No hablo el idioma y soy un refugiado igual que tú.

—¿De dónde vienes?

Antes de que Yakimov pudiera contestar, un hombre entró atropelladamente en el hotel moviendo todos los miembros del cuerpo con la agitación antinatural provocada por el agotamiento.

—Por favor, dime —preguntó—, ¿dónde está el hombre pelirrojo que iba en tu coche?

—Muerto —contestó McCann.

—¿Y dónde está el fular que le presté? Un gran fular azul.

—Sabe Dios. Supongo que debe de estar bajo tierra. Al hombre lo enterramos justo después de cruzar Lublin. Si quieres, puedes regresar a buscarlo.

—¿Enterrasteis el fular? ¡Estáis locos si habéis enterrado un fular!

—¡Largo de aquí! —gritó McCann. Al oírlo, el hombre se fue a la pared de enfrente y empezó a golpearla con los puños.

Aprovechando la confusión, Yakimov intentó escabullirse. McCann lo agarró por las faldillas del abrigo y soltó un aullido de rabia.

—¡Por el amor de Dios! Vuelve aquí, desgraciado. Yo estoy aquí sin brazo, con una bala en las costillas y sin poder moverme, pero tengo la historia. ¡Tienes que enviarla!, ¿me oyes? Envíala.

—Llevo tres días sin comer —gimió Yakimov—. El pobre Yaki está muy débil. Los pies lo están matando.

— ¡Espera! —Hurgando impaciente en su chaqueta una vez más, McCann logró sacar su carnet de prensa—. Cógelo. Puedes comer aquí. Tómate un trago. Búscate una cama. Coge todo lo que quieras, pero antes, de una puñetera vez, llama por teléfono y cuéntales la historia.

Yakimov cogió el carnet. Al ver el rostro arrugado y deshecho de McCann en la foto, poco a poco empezó a darse cuenta de las posibilidades que le ofrecía la nueva situación.

— ¿Quieres decir que van a concederme crédito?

— Crédito infinito. Es lo que te dicen en el periódico: «Trabaja para mí, estúpido cretino, y podrás emborracharte y hacer todo lo que quieras para alegrar tu pobre corazón».

— ¡Vaya, muchacho! —suspiró Yakimov, y sonrió con sumisa dulzura—. Y ahora explícame despacito todo lo que quieres que el pobre Yaki haga por ti.

3

Los Pringle se alojaron en un hotelito de la plaza, justo enfrente del Athénée Palace. La ventana de su habitación daba a unas ruinas. La primera noche que pasaron allí, justo al día siguiente de su llegada, los despertó de buena mañana el ruido de los cascotes golpeando el suelo. Al anochecer, mientras Harriet esperaba el regreso de Guy, vio las pequeñas figuras de los obreros —negras y moviéndose como diablillos a la luz del crepúsculo— que iluminaban con faroles y linternas los edificios destruidos.

Aquellos edificios eran casi los últimos de hermoso estilo Biedermeier que la arquitectura austriaca había proporcionado a Bucarest. Pero ahora el rey de Rumanía quería disponer de una plaza entera por si algún día se le ocurría aventurarse por allí a pecho descubierto y le apetecía pasar revista a un regimiento entero. Y por ello había ordenado la demolición de todos aquellos edificios antes de que empezara el invierno.

Harriet se había pasado casi todo el día observando las obras desde la ventana. Aunque todavía no habían empezado las clases en la universidad, Guy se había presentado a primera hora por si había estudiantes en el salón de uso común para profesores y alumnos. Antes de salir, le había prometido a Harriet que irían a dar un paseo después del almuerzo, pero luego había vuelto muy tarde, con el rostro radiante, y tan solo había tenido tiempo de

decirle que debía almorzar a toda prisa y volver a la universidad. Por lo visto, el salón estaba abarrotado de estudiantes que se habían pasado toda la mañana haciendo preguntas acerca de sus profesores de inglés y de los planes de estudio durante el primer trimestre.

—Pero, cariño —Harriet, todavía sumida en la confianza y paciencia de los recién casados, hablaba sin expresar nada más que una leve tristeza—, ¿no podrías haber esperado un poco a que llegase el profesor Inchcape?

—No debemos desanimar a los estudiantes —contestó Guy al tiempo que salía a toda prisa, prometiéndole ir a cenar aquella misma noche a algún sitio «en la Chaussée».

Por la tarde, el conserje llamó tres veces anunciando que una dama quería hablar con *domnul* Pringle.

—¿Es la misma dama? —preguntó Harriet la tercera vez que sonó el teléfono.

Sí, era la misma dama.

Al anochecer, cuando la figura de Guy apareció en la plaza, la paciencia de Harriet ya no era la misma de antes. Vio a Guy saliendo de una nube de polvo, un hombre grande y desaseado que agarraba un hatillo de libros y papeles con la torpeza de un oso. Un fragmento de la fachada se estrelló muy cerca de él. Guy se detuvo sin entender nada; luego echó un vistazo a través de sus lentes y se puso en marcha en la dirección equivocada. Ella sintió una horrenda compasión hacia aquel hombre. De pronto, una pared se desplomó en el mismo lugar por donde Guy había pasado un minuto antes. La caída puso al descubierto el interior de un enorme salón blanco, decorado con grandes volutas barrocas y un espejo que rielaba como un lago. Muy cerca de allí se podía ver el papel pintado de color rojo de un café; era el Café Napoleón, que había sido el cenáculo habitual de artistas, músicos, poetas y otros disidentes natos. Guy había comentado que toda la demolición del centro urbano solo pretendía destruir ese café, que era el epicentro de todas las revueltas.

En cuanto entró en la habitación del hotel, Guy soltó el manojito de libros y papeles. Intentando hablar con una naturalidad impostada que tan solo pretendía ocultar una noticia dramática, proclamó:

—¡Los rusos han ocupado Vilna!

Luego empezó a cambiarse de camisa.

—¿Quieres decir que han entrado en Polonia? —preguntó Harriet.

Al oír el tono de Harriet, Guy se puso a la defensiva.

—Es una buena decisión —dijo—. Lo único que quieren es proteger Polonia.

—En todo caso, parece una buena excusa.

Sonó el teléfono y Guy se abalanzó hacia la mesilla antes de que pudiera continuar la discusión.

—¡Inchcape! —exclamó encantado, y sin consultarlo con Harriet, añadió—: Vamos a cenar a la Chaussée. Al restaurante de Pavel. Vente con nosotros. —Colgó el auricular, y mientras se sacaba la camisa por la cabeza, sin haberla desabotonado, dijo—: Te gustará Inchcape. Lo único que tienes que hacer es darle pie para que se anime a charlar.

Harriet estaba convencida de que nunca podría gustarle una persona a quien no conociera de antemano.

—Alguien ha llamado tres veces preguntando por ti —dijo—. Era una mujer.

—¿De veras? —La información no pareció intrigarlo, y se limitó a decir—: Aquí la gente se vuelve loca con el teléfono. Debe de ser porque no hace mucho que lo han instalado. Las mujeres que no tienen nada que hacer llaman a hombres que no conocen de nada y les dicen: «Hola. ¿Quién eres? ¿Por qué no vivimos una historia de amor?». A mí me hacen a menudo esa clase de llamadas.

—No creo que una desconocida llamara tres veces seguidas.

—Puede que no. Pero sea quien sea, volverá a llamar.

Al anochecer, cuando salían de la habitación, el teléfono vol-

vió a sonar. Guy corrió a contestar la llamada. Desde las escaleras del hotel, Harriet oyó que decía: «¡Vaya, Sophie!», pero continuó bajando hacia la recepción. En un rellano, vio que el salón del hotel, más abajo, estaba lleno de gente. Todos los clientes y empleados del hotel se habían juntado allí y hablaban muy agitados. Tras el mostrador de la recepción, la radio, como un ave mecánica, emitía entre zumbidos la machacona musiquilla de la *hora*, la danza nacional rumana. Harriet se detuvo por completo, notando que la atmósfera del lugar estaba cargada de inquietud.

—Creo que ha pasado algo gordo —dijo cuando Guy la alcanzó en la escalera.

Guy fue a ver al director del hotel, que lo atendió con cortesía. Los ingleses eran muy importantes en Bucarest. Inglaterra había garantizado la seguridad de Rumanía. El director le explicó que un gran despliegue de tropas extranjeras se estaba concentrando en la frontera.

—¿En qué parte de la frontera? —preguntó.

Nadie lo sabía. Tampoco se sabía si las tropas eran alemanas o rusas. El rey estaba a punto de hablar al país desde su residencia y todo el mundo estaba convencido de que en cualquier momento se iba a declarar la movilización general.

Preocupados por la importancia del momento, los Pringle se quedaron a escuchar la alocución del rey. El pájaro mecánico se calló. En medio del repentino silencio, las voces que chillaban para hacerse oír entre el griterío se fueron apagando avergonzadas. La radio anunció que el rey iba a dirigirse a sus súbditos en rumano.

En aquel momento, un hombre que llevaba una capa —era un tipo demasiado voluminoso como para volver únicamente el cuello, y por ello tuvo que mover todo el cuerpo— se puso a examinar la reunión con aire de inocente curiosidad.

—*Sans doute l'émission est en retard parce que sa Majesté s'instruit dans la langue.*

Se oyó una carcajada, pero fue muy breve y surgía más bien del temor, y luego todo el mundo se volvió a poner muy tenso. El grupo esperó; era una aglomeración de hombres ojerosos de piel cetrina y de mujeres con la cara excesivamente empolvada y los ojos oscuros, todos fijos en la radio. De pronto se oyó la voz del rey surgiendo de un largo silencio. El público dio un paso anhelante al frente, pero enseguida empezó a moverse nervioso y a quejarse de que no se podía entender el rumano chapurreado por el rey. Guy intentó traducirle el discurso a Harriet:

— «Si nos atacan, defenderemos nuestro país hasta el último hombre. Lo defenderemos hasta que no poseamos ni un solo palmo de territorio. Hemos aprendido a no cometer los mismos errores de Polonia. Rumanía nunca se dejará derrotar. Su fuerza y su poder son formidables.»

Había gente, poca, que asentía en silencio, y una de esas personas repitió: «*Formidabil, eh? Formidabil!*», pero también había quien miraba furtivamente a su alrededor, como si temiera que un enemigo oculto interpretara esas palabras como una provocación. El hombre de la capa volvió a darse la vuelta, tensando su amplio rostro pastoso y extendiendo las manos como si quisiera decir «Pues ahora ya lo sabéis», pero los demás no compartían su actitud. No era momento para bromas. El hombre le dirigió a Guy una sonrisa como si los dos formaran parte de la misma conspiración y luego se alejó. Guy, que se había puesto rojo como un colegial, susurró que aquel hombre era un actor del Teatro Nacional.

Los Pringle salieron del hotel por una puerta lateral que daba a Calea Victoriei, la calle comercial más importante de la ciudad, donde los bloques de apartamentos se elevaban hasta tal altura que aún podían recibir el último resplandor violáceo del sol. Un reflejo de ese resplandor se proyectaba sobre el valle polvoriento de la calle y teñía de rosado la muchedumbre que se agolpaba en las dos aceras.